

la consigna á la que nadie hasta ahora habia sabido contestar, esta la llave, la única llave que pudo abrir el paraíso.— ¡Oh nombre sacrosanto! ¡Oh amabilísimo Jesús! Vos habeis introducido al cielo á los que habian perdido toda esperanza de entrar en él : Vos habeis abierto aquellas puertas que no pudieron abrir ni la religion de los Profetas, ni la piedad de los Patriarcas, ni la santidad de tantos justos como la Sinagoga cuenta en el catálogo de sus héroes.

En vista de esto, séame permitido levantar la voz, y gritar con el apóstol san Pablo : *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema*<sup>1</sup> : el ingrato, el insensible, el bárbaro que, despues de tantos favores, no ama á Nuestro Señor Jesucristo, sea eternamente excomulgado : ello es justo, él lo tiene bien merecido. ¿Y el que le ofende?... ¡Ah! este mereceria que para él Dios criase un infierno expreso, con llamas mil veces mas voraces, con verdugos mil veces mas crueles, con tormentos mil veces mas atroces. ¿Ofender á Jesús?... ¿á un amigo tan bueno?... ¿á un legislador tan benigno?... ¿á un salvador tan amable?... ¡Oh! semejante delito no se encuentra en el proceso de ninguno de los demonios. ¿Habrá entre nosotros quien tenga el corazon mas perverso que los demonios mismos? ¡Oh no! mis caros fieles : seamos justos, seamos reconocidos, seamos hombres. Jesucristo es nuestro buen amigo ; amémosle, pues, con todo el corazon : es nuestro benigno legislador ; obedezcámosle, pues, con toda fidelidad : es nuestro salvador amabilísimo ; sirvámosle, pues, con todo el afecto. Así lograremos que algun dia sea nuestro glorificador en el cielo. Amen.

<sup>1</sup> I Cor. XVI, 22.

### Malicia del pecado.

Ego sum Pastor bonus. (Joan. x, 11).

¡Cuánta sabiduría y prudencia descubre la Iglesia en la eleccion del evangelio del presente dia! Para impedir que sus hijos recien convertidos vuelvan al pecado, adopta un medio que solo su perspicacia hubiera sabido atinar, cual es, ponerles á la vista toda la deformidad y malicia de este horrible monstruo, con relacion á la suma bondad de Dios, á quien directamente ofende y ataca. No les habla ya ni de los daños que el pecado causa en el alma, ni de los males con que Dios le amenaza, ni de los tormentos eternos con que lo castiga ; porque si bien es verdad que estas reflexiones sirven mucho para demostrar su malicia, no la ponen tan de manifiesto como el considerar que es una injuria, un ataque dirigido contra un Dios infinitamente bueno, el cual, para descubrirnos su bondad, no ha tenido reparo en tomar el título de buen Pastor de nuestras almas : *Ego sum Pastor bonus*.

En efecto, cristianos : lo que el pecado tiene de peor, lo que le hace mas abominable, y lo que, digámoslo así, constituye su malicia esencial, es que él ataca directamente á Dios, y le ultraja en sus atributos mas adorables. Le ataca en su soberanía, siendo una manifiesta rebelion contra sus leyes : le ataca en su inmensidad, siendo un desacato enorme hecho en su misma presencia : le ataca en su bondad, siendo una injuria que se le hace por lo mismo que él es bueno. Miradlo con atencion bajo estos tres puntos de vista, y no podréis menos que detestarlo como él merece, y tomar las precauciones mas exquisitas para no cometerlo mas.

La primera cualidad del pecado consiste en ser un ataque

directo contra la soberanía de Dios, y una manifiesta rebelion contra sus leyes y preceptos. De este ataque y rebelion podeis concebir alguna idea, recordando la respuesta insolente y atrevida que el impío Faraon dió á Moisés, cuando este fué á intimarle una órden que Dios le habia comunicado. Presentósele en cierto dia el caudillo de Israel, y con toda la dignidad de un enviado de Dios le dijo: Ó Rey, de parte de Dios vengo á decirte, que permitas á los hebreos que viven en tus Estados salir al desierto, y ofrecerle allá un sacrificio: *Hæc dicit Dominus: dimitte populum meum, ut sacrificet mihi in deserto*<sup>1</sup>. Vosotros vais á quedar horrorizados cuando oigais la contestacion desvergonzada que el inícuo Rey dió á esta intimacion. ¿Y quién es ese Dios, dijo con un descaro inaudito, que quiere imponerme leyes? ¿Cuál Dios es ese, que trata de mandarme, como si él fuese mi Señor, y yo fuese su dependiente? Que vaya á dar órdenes á sus súbditos, que por lo que á mí toca, no reconozco en él ni competencia ni autoridad para mandarme: *Quis est Dominus, ut audiam vocem ejus? Nescio Dominum.*

Vosotros tal vez pensaréis que este espíritu de rebelion fue propio de aquel fiero monarca de Egipto; pero yo os advierto, que es comun y general á todo hombre que peca. Dios, no ya por ministerio de algun hombre, sino por sí mismo, nos habla, y nos dice: *Ego sum Dominus Deus tuus*: yo soy vuestro Dios y Señor, que, habiéndoos formado de la nada, y dado todo cuanto poseeis, tengo sobre vosotros un derecho incontestable, que nadie me puede disputar. En reconocimiento de mi soberanía, hé aquí la ley que os impongo, y de cuya observancia os hago responsables. No tendréis otros dioses fuera de mí, y á mí solo rendiréis culto y homenaje: á mí todas las adoraciones de vuestro espíritu, á mí todos los obsequios de

<sup>1</sup> Exod. v, 2.

vuestro cuerpo, y á mí todos los afectos de vuestro corazon. Guardaos, no solo de blasfemar, pero hasta de pronunciar en vano mi santo y adorable nombre. Santificaréis mis fiestas: honraréis á vuestros padres y superiores: os mantendréis limpios de odios, hurtos y obscenidades. Tendréis á raya vuestros deseos y apetitos, no siéndoos ya permitido ni apetecer la mujer ajena, ni envidiar los bienes de vuestro prójimo. Esta es en compendio la ley que os impongo: á vuestro cargo queda el cumplirla y observarla.

Así se explica Dios, cristianos, aquel Dios que tiene nuestra suerte en su mano, que puede mandarnos cuanto le dé la gana, sin que nadie tenga derecho á pedirle la razon de lo que manda. Pero ¿qué le responde el hombre cuando peca? ¡Ah! con un descaro sin igual le contesta, y le dice: ¿Y quién sois Vos, para que vengais á ponerme trabas? *Quis est Dominus, ut audiam vocem ejus?* ¿Quién sois, para venir á coartar mi libertad? ¿Qué leyes, qué vínculos, ni qué preceptos!... Ni en Vos reconozco autoridad para imponérmelos, ni en mí obligacion de cumplirlos: *Nescio Dominum.* ¿Vos queréis que no pronuncie en vano vuestro nombre? Pues yo lo blasfemaré siempre que se me antoje. ¿Vos tratais de obligarme á la santificacion de las fiestas? Pues yo me serviré de ellas para ofenderos mas. ¿Vos me mandais amar á mi enemigo? Pues yo me vengaré de él donde quiera que le encuentre. ¿Vos queréis que sea casto? Pues yo concederé á mi carne cuantas abominaciones me pida: *Nescio, nescio Dominum.* — Esto no lo dice el pecador con la boca, es verdad; pero lo dice con las obras, que es un modo de hablar todavía mas explícito, y que Dios comprende mucho mejor que el que se hace con los labios. ¿Cabe rebelion mas patente contra su soberanía?

Pues no para todo aquí: el pecador lleva su audacia hasta el punto de levantar su mano contra Dios, luchar á brazo par-

tido con él, y hacer cuanto puede para arruinarle y destruirle. Si esta horrible proposicion os choca, sabed que no es mia, sino de la Escritura santa : *Tetendit adversus Deum manum suam, et contra Omnipotentem roboratus est* <sup>1</sup>.

Ó Lucifer, ó ángel rebelde y cabecilla de los demonios, tú dijiste que querias levantar tu trono, y hacerte semejante al Altísimo : *Exaltabo solium meum, et similis ero Altissimo* <sup>2</sup>; y esta expresion arrogante te convirtió del mas hermoso de los Serafines en el mas feo y atormentado de todos los espíritus infernales. Pero ¡ah! que tu expresion fue muy atenta y comedida en comparacion de la que profiere el pecador. Tú te contentabas con ser semejante á Dios : el pecador aspira á mas, pues aspira á derribarle de su trono, y acabar con su existencia, y si de hecho no acaba con él, no es porque él no haga cuanto bastaria para destruirle, es porque Dios es invulnerable, y felizmente está fuera de sus tiros. Conozco, cristianos, que esta proposicion os sorprende, pero me será muy fácil probar su exactitud : escuchad. Si Dios fuese capaz de dolor, ¿no es verdad que lo tendria, al verse ofendido y despreciado de una criatura suya? Es evidente, así como un padre siente una gran pena viéndose insultado de su hijo. Este dolor en Dios ¿no es verdad que seria un dolor infinito? No cabe duda que lo seria, ya porque es de infinita malicia la injuria que se le hace, ya porque cosas limitadas no tienen cabida en él. Y un dolor infinito—escuchad bien lo que voy á preguntar—un dolor infinito ¿no es verdad que seria bastante para acabarle la vida, y que se la acabaria realmente? Es cosa tan clara, que se comprende por sí misma. ¡Oh Dios! ¡oh Dios! ¿qué mas se puede decir de la malicia del pecado?

Y sin embargo no para todo aquí : el pecado no solo ataca

<sup>1</sup> Job, xv, 25. — <sup>2</sup> Isai. xiv, 13, 14.

la soberanía de Dios, siendo una rebelion declarada contra su ley ; sino que tambien dirige el golpe contra su inmensidad, siendo un desacato horrible hecho en su presencia. Si se le ofendiese en lugar donde él no lo presenciara, la injuria seria menos atroz ; y ya que no fuese del todo perdonable, seria disimulable en parte, por cuanto supondria que á lo menos se tiene algun respeto y miramiento á su infinita Majestad. Pero ofenderle ante sus mismos ojos, pero ultrajarle en su presencia misma, ¡ah! esta es una circunstancia que eleva la culpa al grado mas alto de perversidad, por cuanto supone que se hace de él el desprecio mas formal y completo.

Los sediciosos que quieren mover revolucion en un Estado, ordinariamente no levantan la bandera de rebelion á la vista del rey, ni van á atacarle en su mismo palacio, sino que salen á una provincia distante de la capital, buscan algun rincón del reino, no tanto porque allá se consideran mas seguros, cuanto porque creen que la sola presencia del soberano seria bastante para ahogar todo motin y sedicion. Que si la sola presencia de un príncipe de la tierra infunde tal respeto á los rebeldes, que basta por sí sola para contenerlos en el órden y en el deber, ¿qué respeto no debiera infundir en un cristiano la presencia de todo un Dios, cuando es cuestion de ofenderle? Yo leo en la historia de Roma, que habiendo sido enviado un soldado para asesinar á Mario, insigne general romano, volvió sin ejecutar el bárbaro designio, diciendo, que puesto á la presencia de aquel hombre grande, le habia faltado de repente el valor, y el puñal se le habia caido de la mano. Yo leo en la Escritura sagrada, que habiendo David encontrado un cierto dia á Saul, su capital enemigo, dormido, no se atrevió á ponerle la mano encima, antes se retiró en silencio, retrocediendo respetuoso ante su real presencia. ¡Ah, Dios mio! el pecador no guarda con Vos un tal miramiento y

consideracion. Él sabe que Vos estais presente en todo lugar; él cree que todas sus acciones están desnudas ante vuestros ojos; él confiesa que no hay lugar tan secreto, rincón tan apartado, que no esté santificado con la presencia de vuestra santa y adorable Majestad: y no obstante ¡qué horror! se atreve á las acciones mas infames, obligándoos á ser testigo de las injurias que os hace, y, si me atrevo á decirlo, precisándoos á tener la antorcha para que queden mas en claro los insultos que os dirige. ¿Cabe insolencia igual? ¿Cabe afrenta mayor?...

Parece que no, cristianos: sin embargo oid un atentado todavía mas grande. El pecador no solo combate la soberanía y presencia de Dios, sino que ataca fieramente su infinita bondad, ultrajándole por lo mismo que es infinitamente bueno. No os escandalice esta detestable proposicion, porque es harto cierta y verdadera. ¿Por qué no atacais á un hombre mas poderoso que vosotros, aun cuando tengais motivos de queja contra él? decídmelo: ¿por qué no le atacais? Porque comprendeis que no os saldria á buena cuenta, porque conoceis que él sabria vengarse. Y luego, no habiendo recibido de Dios sino gracias y favores, le ofendeis con la mayor frescura: ¿por qué esto? ¿por qué? Porque le considerais tan bueno, que le creeis incapaz de tomar venganza: porque os ha perdonado tantas veces, que pensais poder ofenderle impunemente y sin riesgo alguno. ¡Ah! que si supiéseis que luego de haber cometido esa impureza, ese robo, etc., él habia de condenaros irremisiblemente, á buen seguro que os pensaríais mas en cometerlo. Dios es bueno, decís, de consiguiente ofendámosle, que en ello no corremos ningun peligro.—Teneis razon, Dios es bueno, y es necesaria toda su bondad para sufrir ese lenguaje insolente y brutal: Dios es bueno, y si no lo fuese tanto, cierto es que seria menos ofendido: Dios es bueno, y casi se-

ria de desear que su bondad no fuese tan grande, puesto que ella es ocasion de que se le ofenda con mas descaro. ¡Cosa horrible! La bondad, que es útil á cualquiera que la tenga, solo á Dios resulta dañosa y perjudicial. Si vosotros teneis un buen criado, le tratais con toda consideracion: ¿por qué? Porque es bueno. Si poseeis un buen caballo, le cuidais con el mayor esmero: ¿por qué? Porque es bueno. ¡Ah Dios mio! solo de Vos no se hace ningun caso por ser bueno: solo á Vos se ofende sin pudor, porque vuestra suma bondad no os deja volver sino bien por mal.

Pero advertid, pecadores, que este Dios tan bueno fue quien precipitó de lo mas alto del cielo á lo mas profundo del infierno la tercera parte de los Ángeles, solo por un pecado de pensamiento concebido en un instante: advertid que este Dios tan bueno fue quien echó á Adán del paraíso terrestre, no mas que por haber comido una manzana contra su prohibicion: advertid que este Dios tan bueno es quien verá arder por toda una eternidad un número casi infinito de almas, sin compadecerse jamás de ellas, y sin pensar jamás en librarlas. ¡Ah! cuando decís que Dios es bueno, decís una gran verdad; pero no la decís entera. Debiérais añadir que tambien es justo; la medida de su bondad es la medida de su justicia, y que él con nadie se mostrará mas terrible y severo, que con aquellos con quienes se habrá mostrado mas bueno y benigno. No atribuyais á Dios una bondad baja, sin discernimiento y sin luz, que no haga ninguna diferencia entre inocentes y culpables: esto seria formarse un ídolo, y no representarse á Dios tal cual es, y tal cual debe ser.

Si vosotros reflexionais un poco sobre lo que acabo de decir de la malicia del pecado, si considerais que él es una rebelion contra la soberanía de Dios, un ultraje á su presencia, y un ataque á su bondad, ¿podréis dejar de exclamar con Je-

remías : ¡Ay de nosotros! que hemos tenido la desgracia de ofender á Dios? *Væ nobis, quia peccavimus* <sup>1</sup>. No, cristianos; antes con el mismo Profeta convidaréis á vuestros ojos á derramar lágrimas abundantes, y á no cesar jamás de hacer llanto sobre una desgracia tan lamentable : *Deduc quasi torrentem lacrymas... neque taceat pupilla oculi tui* <sup>2</sup>. El mal es tan grande, que aun cuando derramáseis tantas lágrimas como gotas de lluvia han caído desde el principio del mundo, no lo lloraríais tanto como él merece ser llorado. ¿Qué mal mayor, que haberse rebelado contra Dios, haberle hecho injurias que le hubieran quitado la vida si él fuese mortal, haberle ultrajado en su misma presencia, y haberle ofendido por ser bueno? El que no lllore amargamente este mal, el que lo repita despues de haberlo llorado, ¿qué dirémos de él? Que es un mónstruo semejante á los que habitan en el infierno. No permita Dios que tal cosa pueda decirse de ninguno de vosotros. Amen.

<sup>1</sup> Thren. v, 16. — <sup>2</sup> Ibid. ii, 18.

### TERCER DOMINGO DESPUES

#### DE PASCUA.

*El evangelio de este dia está tomado del capítulo XVI del evangelio de san Juan, en el cual se refiere letra por letra el admirable sermón que el Salvador predicó á sus discípulos reunidos en el cenáculo, la noche antes de su pasión. La Iglesia ha considerado este capítulo tan instructivo, y tan propio para el tiempo pascual, que de él ha sacado el evangelio de tres domingos consecutivos, el de hoy, el del domingo próximo y el del domingo siguiente. Para el de hoy ha tomado la parte del capítulo que está comprendida desde el versículo 17 hasta el 22 : para el del domingo próximo desde el versículo 5 hasta el 14 ; y para el del domingo siguiente desde el 23 hasta el 30. No se crea que tal distribucion de evangelios se haya hecho al azar, y sin motivo alguno : si se busca la razon que puede haber tenido la Iglesia para poner por evangelio del presente domingo la parte media de dicho capítulo, y reservar el principio y el fin para los dos domingos siguientes, sin duda se hallará, y muy conveniente y satisfactoria. Indudablemente lo ha hecho así por motivo del asunto especial que dicha parte media encierra, el cual conviene proponerlo al pueblo algunas semanas despues de Pascua, y primero que se le hable de la Ascension del Salvador, y de la venida del Espíritu Santo, que son el objeto de los evangelios de los dos domingos siguientes. Véase la parte del capítulo que comprende el evangelio de hoy, y desde luego se echará de ver que en ella Jesucristo hizo tres cosas con sus discípulos : 1.º les anun-*